

# Alerce

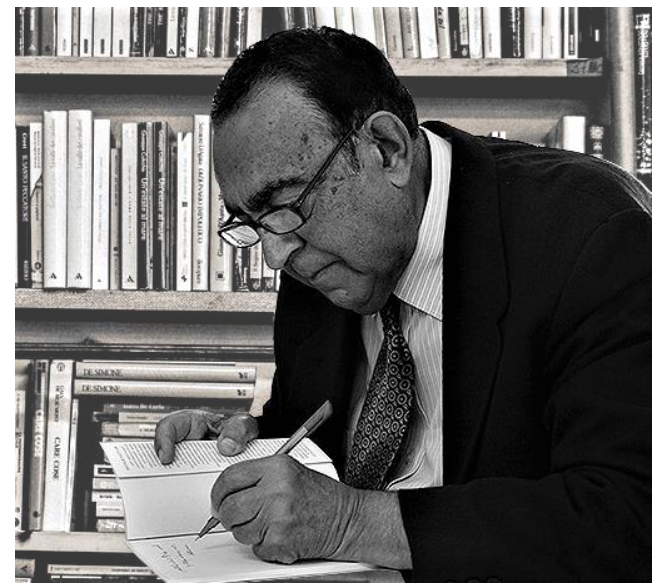
Año 8, N° 68, abril de 2020. Director: David Hevia

## Ebe Bellange, un pincel tras la literatura de los muros

Ebe Bellange Pastore fue la semilla que cruzó el océano en el Winnipeg. Hija de Luis y Ana -pasajeros de esa audaz travesía-, nació en Santiago el 16 de octubre de 1939, es decir, un mes y medio después del arribo al país del barco en que Pablo Neruda trajera a más de dos mil refugiados españoles. “El arte ha sido cómplice del hombre desde los principios de la humanidad”, señaló Ebe al recordar sus estudios de Licenciatura en Artes Plásticas en la Universidad de Chile y luego en la Escuela Superior de Artes de Berlín. Desde 1970 ejerció la docencia en Chiloé, así como en poblaciones humildes y cárceles de Santiago. Presidenta de la Asociación de Pintores y Escultores de Chile (Apech) en 2006, su obra ha recibido un sinnúmero de distinciones, que cruzan su trayectoria tanto como su interés por investigar la expresión del muralismo y los vínculos entre él, el proceso socio-cultural y la literatura y otras disciplinas. Incansable creadora y defensora de los derechos humanos, Ebe Bellange falleció el 30 de marzo, dejando un legado que incluye, además de la plástica, escritos entre los que figura *El mural como reflejo de la realidad social en Chile* (1995), cuyas conclusiones rescatamos a continuación.

La pintura mural es una manifestación artística que existe desde épocas prehistóricas como una respuesta del Hombre ante su entorno social, el que, de alguna manera, debe ser capaz de alterar. El mural, como un reflejo de la problemática socio-política a través de las distintas épocas, lleva implícito un mensaje, con un lenguaje claro y directo de la ciudad y hacia la ciudad. El mural prehistórico como expresión necesariamente naturalista, nace como una necesidad enclavada en lo cotidiano y beneficia a todo el grupo social. Durante la época colonial en Chile, el mural se hace dependiente de la arquitectura religiosa, perdiendo su carácter social y colectivo. El

mural social de la época moderna resurge como una necesidad de comunicación masiva, es el medio de que se vale el pueblo para manifestar su problemática social y transformarla en una inquietud general para superar los problemas, denunciándolos y exigiendo su solución. En el siglo XX, lleno de inquietudes sociales, de conflictos y de avances materiales, que de alguna manera influyen en nuestros artistas, tenemos un mural que se manifiesta no en forma casual. Aparece como la consecuencia de una necesidad impuesta por esos momentos sociales y políticos. Es un rechazo al individualismo, y en su esencia está latente la necesidad de que la creación artística nazca del fondo mismo del pueblo y que todos tengan acceso a ella. En Chile, en las últimas décadas, el desarrollo muralístico gira en torno a expresar las inquietudes y protestas frente a situaciones socio-económicas y políticas. Espejo de una problemática contingente, el pintor de murales se expresa en lugares, por lo general, abiertos a lodo espectador, espontáneamente y acumulando una experiencia tras otra. Experiencias que son válidas en su capacidad dialéctica para estimular sus investigaciones y favorecer su formación artística. Hay una visión colectiva, en un sentido popular, tanto en la temática de lo que podríamos llamar “pintura callejera”, como en el estilo. Existe también una sensibilidad colorística colectiva, gran fuerza en el trazo y un impulso objetivo de representar la realidad. El “yo” profundo de cada pintor popular de muros se ha conjugado con el de todos, sumándose a la libre manifestación del acontecer social. El mural callejero se pinta con una auténtica posibilidad de expresión, sin tabúes a los que rendir homenaje. Puede reflejar sentimientos y filosofía, inquietud y angustia, la fe y la falta de fe en el Hombre. Más allá del desmoronamiento de los valores que cada uno tiene ante sí, se considera la pintura mural, en el ansia por encontrar un algo estable, una nueva conciencia del papel del arte en la sociedad humana. Actualmente, el pintor del mural social está tan inserto en los problemas de su tiempo, que puede orgullosamente desafiar el riesgo implícito en su posición. Refleja un tiempo contradictorio y lo enjuicia. El mural popular callejero posee una escenografía de apariencia febril, alcanza las características de poesía épica, a veces estridente, pero que en la elección del estilo expresa el sentido de la existencia, del sentimiento de la vida, de la muerte y de violencia vital cuando es necesaria. El pintor de murales callejeros es autodidacta, capaz de grandes audacias en el contenido y en la forma. No está inhibido por ningún “saber oficial”, por ninguna “academia”. Trabaja colectivamente para todos y puede abrirse a las revelaciones que una sociedad ávida de cambios, le muestra.



## Matías Rafide (1929-2020)

### Curepto

Navego una isla  
anclada en breve territorio  
Calles que naufragan  
en un mar de silencio.  
Aún es posible escuchar  
rumores de la infancia. Cimbreadas  
penumbras y quimeras.  
Los días desvanecen  
rostros de la lluvia. Una mirada  
En sombras estremece las aguas  
del río tañedor de historias  
subterráneas.  
¿A dónde huyeron celestes  
aerolitos? ¿Volantines perdidos  
en lomas de la niebla?  
La plaza es una estampa  
de un antiguo paraíso.  
Sueños de ayer que aún  
revoletan en el aire.  
Campanario que atrapas  
el cielo con tus fugaces  
ángeles.  
La ciudad de somnolientos  
transeúntes nos aguardan con  
sus muertos en paz.  
Mientras soñamos el último  
poema sonriéndole a un azar  
indescifrable.

### Navidad en Belén

A medianoche  
furiosa lluvia oscurece  
el valle, las colinas.  
Un niño sin baúles  
ni abalorios en cuna  
de palmas y martirios.  
Afuera la soledad, el viento...  
los pastores custodian las estrellas.  
Amor al desamor  
como la espuma o la sombra  
de un sonrisa puerto.  
Dios con nosotros.  
¡Qué difícil desarraigar  
nostalgias en tiempos de  
olivos y cipreses

### El cansancio

De una lejana isla abandonada  
los buitres han llegado  
para morder los gajos de mi cuerpo  
ya muerto de cansancio.  
Mis huesos han sentido  
como espinas el viento de la noche  
y veo vacilar la escalinata  
de los troncos caídos de aquel bosque.  
Es la carcoma que taladra el tiempo.  
Solo queda una música tan triste  
como hoja perdida en el otoño.  
Mi corazón inquieto, triste niño  
se columpia en los árboles sin rostro.

# NARRATIVA

## Sonrisitas

El payaso penetraba el cadáver de la mujer con embestidas tan acompasadas como profundas. Parecía que, a pesar de estar bajo la amenaza de mi arma de fuego, no le desagradaba aquel insano ejercicio amoroso, practicado bajo la tenue luz que se colaba por el tragaluz del sótano de mi casa.

Siempre odié a los malditos payasos. Desde que vi esa película terrorífica basada en el libro de Stephen King, el mismo año en que sorprendí a mi madre fornicando con el payaso que vino a animar mi fiesta de cumpleaños, desarrollé una animadversión que con el tiempo fue tornándose imposible de sofocar.

Y eso que lo intenté. Tratamientos psiquiátricos, terapias variadas, yoga, zen, etc. Nada funcionó.

El payaso trabajaba en uno de estos circos con pretensiones de Bellas Artes. De hecho, mientras le embriagaba para poder capturarlo, me confidenció que su nombre era Raúl Parra y que era poeta en sus tiempos libres. Es más. Me leyó algunos de sus versos (tan mediocres, dicho sea de paso, como su performance circense). Desde que había visto el anuncio del circo en la ciudad, había decidido que llevaría a cabo mi venganza total sobre ese grupo inmundo de gente que se maquillaba para ocultar sus maquiavélicas intenciones a la humanidad. Apenas le vi en la pista, lo seleccioné. Hábilmente llegué hasta la trastienda del complejo circense, donde logré embaucarlo diciendo que era un agente de promoción de artistas de variedades. De allí al bar, a tomar unas copas y a drogarle, solamente hubo unos pasos. La chica, por otro lado, era sencillamente una prostituta yonqui que me había servido a buen recaudo hace algunas horas. Su paga, en vez de dinero, había consistido en un cóctel espectacular que la mandó en breve hacia el otro mundo. ¡Quién se sale con la suya ahora, maldita zorra!

Cuando el payaso despertó en el sótano estaba completamente desnudo. Tras depositar su cuerpo sobre la loza fría, le había quitado toda la ropa. Mientras apuntaba hacia su cabeza con mi arma de fuego, le ordené que se maquillara inmediatamente. A continuación, activé una manquera de aquellas que utilizan los bomberos, y procedí a expulsar un contundente chorro de agua sobre él, el cual lo hizo caer de bruces sin mayor resistencia. En medio de súplicas ahogadas rogaba que cesara. Pero a medida que más pedía, más abría la válvula para que pasara una mayor cantidad de agua, en una corriente de creciente poder que se precipitaba contra él, sin pausa. Al final, tras unos dulces minutos, cerré la manguera. Luego, le arrojé algunas toallas para que se secara y le ordené volver a maquillarse.

-Tú estás *piteado*, amigo. ¡Déjame salir de aquí!-, gritó con desesperación. Pero ni caso le hice. Sencillamente le esboqué una irónica sonrisa y fui por el siguiente acto de mi venganza.

Sin dejar de apuntarle con el arma (nunca dejé de amenazarle con mi fiel compañera) le arrojé el cuerpo inerte de la prostituta a su lado. Luego de que finalizara de maquillarse por segunda vez, le ordené que tuviera sexo con el cadáver. El cuerpo blanco e inerte era como una especie de fantasmagórico maniquí ante la luz reflejada por la luna. Ni bien di la orden, el payaso comenzó a protestar. Pero entonces lo miré furibundamente, a la vez que corría el seguro de la pistola, alistándome para disparar. Entonces comprendió que el juego solamente tenía unas reglas: las mías. Al principio procedió con bastante asco. Abrió las piernas del cadáver, se colocó entre ellas y comenzó a tratar de embestirlo. Todo era un acto mecánico sin ningún tipo de sustancia. Sin embargo, con el correr de los minutos, el condenado payaso se excitó ante la situación y comenzó a acelerar sus movimientos. Su miembro, flácido y caído al principio, se había convertido en un varapalo grueso y turgente que entraba y salía con un ritmo desenfrenado. Es cierto que coloqué una solución estimulante en el conducto vaginal del cadáver. Pero eso no habría sido suficiente. El hijo de puta estaba disfrutándolo, verdaderamente.

Finalmente, cuando noté que se aproximaba al orgasmo, me acerqué al cuadro que estaba presenciando. A unos metros de toda esta escena había un fierro de unos cuarenta centímetros y un tarro grande que contenía barniz. Tomé el fierro en

cuestión, lo sumergí y me giré hacia los “entregados amantes”, situándome por detrás de Raúl.

-Avisame cuando acabes, engendro-, expresé.

Ni bien pasaron dos minutos y me dijo con una voz entrecortada:

-Me voy.

El alarido, donde se mezclaba el placer y el dolor, debió sentirse por toda la cuadra. Al menos esa impresión me dio. También me produjo un ataque de risa que me fue difícil contener. Verle retorcerse entre aquellos espasmos, producto de la eyaculación y del pequeño empalamiento al que lo había sometido, dibujaron en su cara una expresión que, de tener una cámara fotográfica cerca, habría captado sin dilación alguna, consiguiendo un invaluable souvenir para la posteridad.

El mediocre payaso había caído de costado tras lo sucedido (también había caído el fierro desde su recto). Se quejaba por el dolor. No podía ser de otra manera.

-Mátame de una vez, por favor. Te lo suplico, por lo que más quieras. La magna poesía no merece esto-, había expresado entre lágrimas.

Nuevamente me abstuve de responder. Sencillamente volví a aproximarme hacia él, lo cogí de los pelos y lo obligué a ponerse de rodillas. Le ordené perentoriamente que terminará con las lágrimas. Había llegado la apoteosis de la noche.

Me dirigí hacia una mesita que había dispuesto cerca de la escala que comunicaba el sótano con la primera planta de la casa. Allí había colocado un equipo de música. Rápidamente, oprimí el botón de *play*. Desde los parlantes comenzó a escucharse la canción “The Sign” de Ace of Base. Un maravilloso clásico de los años noventa que me encantaba. La misma canción que se escuchaba de fondo cuando sorprendí a mi querida madre copulando con el tony *Sonrisitas*. La misma canción que ahora escucho, cuando *Sonrisitas* y el resto de sus colegas reciban la imperecedera marca de mi mensaje.

*I saaaaawwww the sign*, rezaba la canción. Y yo estaba detrás del payaso, apuntándole con la pistola a la cabeza.

-Canta-, le dije.

Y entre balbuceos y lloriqueos empezó a cantar (o a intentar hacerlo, mejor dicho).

A los pocos segundos me uní yo. Después de todo, la canción me encantaba. No iba a desperdiciar la oportunidad de este improvisado karaoke. Por lo demás, no hacíamos un mal trabajo con el bueno de Raúl. Estoy convencido de ello. Tanto, que, si alguien nos hubiera visto cantando juntos, habría considerado que éramos dos viejos y cómplices amigos que habían estado bebiendo muchas copas demás, contándose toda clase de alegrías y penas, y que al final remataban la noche con un tema musical que les recordaba días mejores.

*Life is demanding without understanding.*

Yo había sostenido la pistola pegada a su nuca. Hasta que, en un determinado momento, decidí alejarla de él. En cierta forma, le di a entender de que no le volaría los sesos. De que todo había sido una pesadilla, una venganza de un trauma infantil no superado que se iría por el desagüe de la memoria. De la mala memoria. Mañana despertaríamos y todo habría desaparecido. Yo quería que entendiera eso. Debía entenderlo así.

*I saw the sign and it opened up my eyes, I saw the sign*

*No one's gonna drag you up to get into the light where you belong*

El sonido de las balas se sintió inmenso en medio de la noche. No sé cuántas se habrán escuchado. Por mí, diría que solamente sentí una, la primera. Pero al ser sometido al primer interrogatorio como inculpado, la policía me informó que había vaciado veinte balas en la cabeza del tipo. ¡Veinte! Curiosamente, el mismo número de gramos de veneno que había utilizado para deshacerme de la puta de mi madre hace algún tiempo, y que fue mi primer y fallido intento por exorcizar los viejos traumas de mi niñez.

**Cristián Valenzuela Astudillo**



# LA CITA

**“Lo peor de la peste no es que mata a los cuerpos, sino que desnuda las almas, y ese espectáculo suele ser horroroso”**

**Albert Camus**

## POESÍA



### Al borde del universo y de las estrellas

Al borde del universo y de las estrellas  
al borde del Océano Pacífico  
al borde de la Placa de Nazca y la Sudamericana  
tres hombres insisten en la belleza  
que a nadie le falte belleza  
que la belleza sea ahora dijeron  
y se fueron por las poblaciones  
por la Avenida Santa Rosa al sur  
más allá del Zanjón de la Aguada  
caminaron de día y de noche  
en una ciudad asediada

Y cogieron la memoria del viento  
allí donde la realidad vuelve como un ave  
poblada de raíces  
de lluvias  
de bosques  
de palabras

Mientras el horror rebasó su medida  
el día de la infamia  
cuando las hojas secas  
enrojecieron de espanto  
de metálico frío  
de saturado silencio  
de relámpago gris

Ahora su libertad es nuestra sangre  
y la sangre de nuevos sueños tendrá la fuerza  
de tus huesos y mis huesos

En Santiago de Chile  
al borde del universo y de las estrellas  
al borde del Océano Pacífico  
al borde de la Placa de Nazca y la Sudamericana  
tres hombres te miran y te dicen  
¡Hasta que la belleza sea!

*Homenaje a los compañeros  
Guerrero, Nattino y Parada  
Colectivo de Escritores Comunistas Luis Enrique Délano*